DOS POEMAS DE VICENTE GERBASI

El Sol de las Arpas

En el sol de la tarde los arpistas
inician una soledad de acacias,
una lejanía del alma
que fulgura en la libertad de los caballo
Hubo una mañana de lluvia en la pradera,
y la memoria abrió las chozas
de una húmeda comarca de arcoiris,
donde las palmeras sonaban en una luz de otro tiempo.
Confín del sol, pura insistencia del alma en la tristeza,
presencia de una cruz adornada con papeles de colores,
que reúne arpistas nómadas
en el esplendor del año.
Y pasa una bella muchacha a caballo,
sol, entre el brillo de tus espigas;
y viene la familia que cultiva maíz,
y un niño con un becerro color de chocolate,
y el ciego del caserío
que siente en la música de las arpas
la soledad de las acacias.
Este es un tiempo remoto,
y es un tiempo presente,
en el sol de las llanuras.
Pasará el día y pasará el año,
pero los arpistas nómadas le dejarán a la tarde
una vasta soledad de acacias.

Jueves Santo

A OSCAR GUARAMATO

Señor de las siete espinas,
he aquí mis pies con tus heridas,
mis pies con tus heridas de tanto andar.

Recuerdo ahora a los que pescaban
en nasas de bejucos primarios;
a los que cazaban ciervos en pantanos
bajo un sol de antiguos hielos;
a los que construían las primeras casas
en comarcas de avellanos;
a los que vestían bellas pieles
en los crepúsculos de otoño.

Y recuerdo a tu pueblo entre olivares,
a tu pueblo que defendía sus viñedos,
que se reunía junto al fuego del herrero,
y agrupaba rebaños de ovejas en los valles
de su lejana historia de profetas.

Y veo ahora a los trabajadores de siempre,
a los pobres de siempre,
preparando durante la semana su pobre ropa limpia
para el domingo, en cuya luz de palmas
se pasean con una tristeza de viejos alfareros.

Y te recuerdo ahora a tí, Señor de las siete espinas,
y mis pies sangran con tus heridas,
después de andar, de tanto andar
por la pobreza de esta tierra
que te recuerda en las campanas
y en los largos paños morados del Jueves Santo.

Señor de las siete espinas,
te recuerdo en los mendigos cabizbajos,
en los ancianos que recogen maderos
en los pequeños bosques de la ciudad.

Señor de las siete espinas,
crucificado en los más nobles rostros del pueblo.